



A Luis Ganderax.

III

LUCIFER

*E si compiacque tanto Spinello di farlo orribile e contrafatto, che si dice (tanto può alcuna fiata l'immaginazione) che la detta figura da lui dipinta gli apparve in sogno, domandandolo dove egli l'avesse veduta si bruta...
(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vassari.— Vita di Spinello.)*

El Tafi, pintor y mosaísta florentino, tenía gran miedo á los diablos, singularmente á esas horas de la noche en que es permitido á las potestades del mal imperar en las tinieblas. Y los temores del Tafi no eran infundados, pues los demonios tenían entonces motivos para odiar á los pintores, que les arrancaban más almas con un solo cuadro que cualquier buen frailecito en treinta sermones. En efecto; para inspirar á los fieles un temor saludable, el fraile les describía lo mejor posible el día de la cólera, que ha de reducir á polvo los siglos, según los testimonios de David y de la Sibila. Y para imitar la trompeta del ángel, ahue-

caba la voz y soplabla en sus manos, formando bocina para imitar la trompeta del ángel. Pero todo esto se lo llevaba el viento. Mientras que una pintura colgada en el muro de cualquier capilla ó claustro representando á Jesucristo sentado para juzgar á los vivos y á los muertos, hablaba sin cesar á la vista de los pecadores y corregía por los ojos á los que habían pecado por los ojos ó de otra manera. Era el tiempo en que algunos hábiles maestros representaban en la Santa-Croce de Florencia y en el Camposanto de Pisa los misterios de la justicia divina. Estas obras estaban trazadas, según el relato en rima que Dante Alighieri, hombre sapientísimo en Teología y Derecho canónico, hizo de su viaje al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, donde por los méritos extraordinarios de su dama pudo penetrar en vida. Todo, pues, en estas pinturas era instructivo y verdadero, y puede afirmarse que se obtiene menos provecho leyendo una extensa crónica, que contemplando tales cuadros. Y los maestros florentinos se complacían en pintar á la sombra de los bosques de naranjos, sobre la hierba esmaltada de flores, damas y caballeros á quienes la muerte acechaba con su guadaña, mientras que ellos platicaban de amor al son de laúdes y violas. Nada era tan adecuado para convertir á estos pecadores carnales, que bebían el olvido de Dios en los labios de las mujeres. Para escar-

miento de avaros, el pintor representaba al natural á los demonios, derramando oro derretido en la boca del obispo ó de la abadesa que le había encargado algún trabajo y pagádoselo mal. Por esto los demonios eran entonces enemigos de los pintores, y especialmente de los pintores florentinos, que superaban á los demás por la sutileza del espíritu. Recriminábanles, sobre todo, que los representasen en forma horrorosa, con cabezas de pájaro ó pez, cuerpos de serpiente y alas de murciélago. Su rencor quedará manifiesto en la historia de Spinello.

Spinello Spinelli, de Arezzo, procedía de una noble familia de florentinos desterrados. La gentileza de su ingenio igualaba á la de su nacimiento, pues fué el más hábil pintor de su tiempo. En Florencia ejecutó grandes trabajos. Los pisanos, á la muerte de Giotto, le suplicaron que ornamentase los muros de aquel santo claustro en que los muertos reposaban bajo rosas florecidas en tierra transportada de Jerusalén. Pues bien; habiendo trabajado mucho tiempo por las ciudades y ganado bastante dinero, quiso tornar á ver la buena ciudad de Arezzo, su madre. Los aretinos no habían olvidado que Spinello, inscrito durante su juventud en la cofradía de Santa María de la Misericordia, había visitado á los enfermos y enterrado á los muertos mientras duró la peste de 1383. También le estaban agradecidos de haber difun-

dido con sus obras la gloria de Arezzo en toda Toscana. Por esta razón le recibieron con grandes honores. Pletórico de fuerzas en su edad madura, se encargó de ejecutar grandes trabajos para la ciudad. Su mujer le decía:

—Eres rico. Descansa, y deja que los jóvenes trabajen en tu lugar. El reposar es prudente cuando declinan los años. Conviene rematar la vida en una calma dulce y piadosa. Es tentar á Dios erigir sin tregua obras profanas como nuevas Babeles. Spinello, si te obstinas en tus ingredientes y colores, perderás la paz del espíritu.

Así habló esta buena mujer. Pero no la escuchó. El sólo pensaba en acrecentar sus bienes y su renombre. Lejos de tomar reposo, ajustó con los mayordomos de Sant'Agnolo una historia de San Miguel, que debía cubrir el coro de la iglesia y contener un sinnúmero de personajes. Con maravilloso ardor se lanzó en esta empresa. Releyendo los pasajes de la Escritura en que debía de inspirarse, estudiaba profundamente cada línea y cada palabra. No satisfecho con dibujar todo el día en su estudio, trabajaba también en el lecho y en la mesa. Y por la tarde, mientras paseaba al pie de la colina donde está erigida Arezzo, orgullosa de sus murallas y de sus torres, seguía meditando. Y puede afirmarse que la historia entera del Arcángel estaba pintada en su

cerebro cuando empezó á esbozar los motivos principales, al lápiz rojo, sobre el revoco de la pared. Poco tiempo necesitó para trazar los contornos; luego se puso á pintar sobre el altar mayor la escena que había de ofrecer más esplendor que las otras. Pues era necesario glorificar en ella al jefe de las milicias celestiales por la victoria que obtuvo antes del comienzo de los tiempos. Spinello representó, pues, á San Miguel combatiendo en los aires á la serpiente de siete cabezas y diez cuernos, y tuvo el capricho de pintar en la parte inferior del cuadro al príncipe de los demonios, Lucifer, con la apariencia de un monstruo espantoso. Las figuras brotaban espontáneamente bajo su mano. Y llegó más allá de lo que esperaba: el rostro de Lucifer era tan horrible, que nadie podía sustraerse á la fuerza de su fealdad. Este rostro persiguió al pintor por la calle y le acompañó hasta su casa.

Llegada la noche, Spinello se acostó en su lecho, al lado de su esposa, y durmió. Durante el sueño vió á un ángel tan hermoso como San Miguel, pero negro. Este ángel le dijo:

—Spinello, soy Lucifer. ¿Dónde me has visto para pintarme como lo has hecho, con aspecto tan ignominioso?

El viejo pintor le respondió temblando que nunca le había visto con sus propios ojos, no habiendo ido vivo al infierno como Dante Alighieri;

pero que al representarle cual lo hizo quería significar con rasgos sensibles la fealdad del pecado.

Lucifer se encogió de hombros, y hubiérase dicho que la colina entera de San Geminiano se conmovió súbitamente.

—Spinello—dijo—; ¿quieres hacerme el obsequio de discutir un poco conmigo? Yo soy bastante buen lógico, y Aquel á quien rezas lo sabe perfectamente.

No obteniendo contestación, Lucifer prosiguió en estos términos:

—Spinello; has leído los libros que me dan á conocer. Sabes mi aventura y cómo salí del cielo para convertirme en el príncipe del mundo. Ilustre empresa, que sería única si los gigantes no hubiesen atacado de igual suerte á Júpiter, como has tenido ocasión de ver, Spinello, en una tumba antigua, donde esa guerra está esculpida en mármol.

—Es cierto—dijo Spinello—; he visto esa tumba en forma de cubo en Santa Reparata de Florencia. Es un hermoso trabajo de los romanos.

—Y, sin embargo—replicó Lucifer sonriendo—, los gigantes no están representados en esa obra al modo de ranas ni camaleones.

—Tampoco—dijo el pintor—habían atacado al verdadero Dios, sino á un ídolo de los paganos. Esto es muy de tenerse en cuenta. El hecho cierto, Lucifer, es que habéis tremolado el estandar-

te de la rebeldía contra el Rey verdadero de cielo y tierra.

—No lo niego—respondió Lucifer—. ¿De cuántas clases de pecados me cargas por ese delito?

—Se os puede cargar muy bien con siete—respondió el pintor—y todos capitales.

—¡Siete!—dijo el Angel de las Tinieblas—. El número es teológico. Todo va por siete en mi historia, que está estrechamente relacionada con la del Otro. Spinello, tú me tienes por orgulloso, colérico y envidioso. Yo consiento en serlo, á condición de que reconozcas que sólo la gloria me causa envidia. ¿Me tienes por avaro? También lo tolero. La avaricia es una virtud en los príncipes. Cuanto á la gula y á la lujuria, si de ellas me tachas, no por eso me ofenderé. Queda la pereza.

Al pronunciar esta palabra, Lucifer cruzó los brazos sobre su coraza, y sacudiendo la cabeza sombría, agitó su cabellera inflamada.

—Spinello, ¿crees sinceramente que soy perezoso? ¿Me crees muelle, Spinello? ¿Juzgas que en mi rebelión me faltó valor? No. Era, pues, justo que me pintases con los rasgos de un audaz, con enérgico semblante. No se debe hacer agravio á nadie, ni siquiera al diablo. ¿No ves que ofendes Al que rezas cuando le das por adversario á un sapo monstruoso? Spinello, eres demasiado ignorante para tus años. Tentaciones sienten de darte

un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo—le respondió la buena persona—que todas esas figuras que te obtenabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco—dijo el pintor—. Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir—replicó la mujer—. Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.



A Mademoiselle Maria Finaly.

IV

LOS PANES NEGROS

*Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas.
Negasque micam pauperi.
Advenit ecce dies qua saevius ignibus ardens
Rogabis aquae guttulam.*

(Navis stultifere 1507, f° xix.)

En aquella época Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando sonaba la tercia estaba sentado ante su pupitre, y cuando sonaba la nona, aún seguía sentado, trazando durante todo el día cifras en sus tabletas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no prestaba al diablo, es porque temía hacer malos negocios con el llamado maligno, que abunda en picardías. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y despojado á mucha gente. Vivía en un palacio donde la luz que Dios creó sólo entraba por estrechas ventanas; y esto era prudencia, pues la morada del